



LAS CONVULSIONES

LUIS
VARGAS
TEJADA

BC
Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana

▪ literatura ▪



LAS
CONVULSIONES

LUIS
VARGAS TEJADA

BC
- literatura -

Vargas Tejada, Luis, 1802-1829

Las convulsiones [recurso electrónico] / Luis Vargas Tejada ; [presentación de Daniel Ferreira]. -- Bogotá : Ministerio de Cultura : Biblioteca Nacional de Colombia, 2015.

1 recurso en línea : archivo PDF (85 páginas). – (Biblioteca básica de cultura colombiana. Literatura / Biblioteca Nacional de Colombia)

Publicado originalmente: Bogotá, 1828.

ISBN 978-958-8827-65-0

1. Teatro colombiano - Siglo XIX I. Ferreira, Daniel, 1981-
II. Título III. Serie

CDD: Co862.2 ed. 20

CO-BoBN- a974802



Mariana Garcés Córdoba
MINISTRA DE CULTURA

María Claudia López Sorzano
VICEMINISTRA DE CULTURA

Enzo Rafael Ariza Ayala
SECRETARIO GENERAL

Consuelo Gaitán
DIRECTORA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL



Felipe Cammaert
COORDINADOR EDITORIAL

Javier Beltrán
ASISTENTE EDITORIAL

David Ramírez-Ordóñez
RESPONSABLE PROYECTOS DIGITALES

María Alejandra Pautassi
EDITORA DE CONTENIDOS DIGITALES

Paola Caballero
APROPIACIÓN PATRIMONIAL

Taller de Edición Rocca
SERVICIOS EDITORIALES

Hipertexto
CONVERSIÓN DIGITAL

Pixel Club
COMPONENTE DE VISUALIZACIÓN Y BÚSQUEDA

Adán Farías
DISEÑO GRÁFICO Y EDITORIAL

ISBN:
978-958-8827-65-0
Bogotá D. C., diciembre de 2015

Primera edición: [s. n.], 1828

Presentación: © Daniel Ferreira

Licencia Creative Commons:
Atribución-NoComercial-Compartirigual,
2.5 Colombia. Se puede consultar en:
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/co/>

ÍNDICE

▪ PRESENTACIÓN	5
▪ SAINETE	15
▪ ESCENA PRIMERA	17
▪ ESCENA SEGUNDA	29
▪ ESCENA TERCERA	31
▪ ESCENA CUARTA	33
▪ ESCENA QUINTA	39
▪ ESCENA SEXTA	43
▪ ESCENA SÉPTIMA	47
▪ ESCENA OCTAVA	51
▪ ESCENA NONA	57
▪ ESCENA DÉCIMA	61
▪ ESCENA UNDÉCIMA	77
▪ ESCENA DUODÉCIMA	79
▪ ESCENA ÚLTIMA	81



Cubierta de la edición de la
Biblioteca Colombiana de
Cultura, Colección Popular, 1971

▪ PRESENTACIÓN

Se llamaba Mariana y convulsionaba. Su temblor era como el deshojarse de las flores blancas de mirto cuando un niño sacude las ramas. El pelo sideral le llegaba a las caderas, y también temblaba con ella como un atrapasueños. Su pecho, más abultado que el de las otras damas de su misma edad, vibraba, como la carne roja de un atún que vi tajar en la bahía de Taganga un día. Sus caderas y muñecas convulsionaban y toda la falda se batía como una pollera de plumas. Estaba subida en el tablado del Teatro Municipal interpretando a la Crispina, en *Las convulsiones* de Luis Vargas Tejada, la hija del hacendado Gualberto que se empodera de la histeria convulsiva para llamar la atención del padre y concederse caprichos y deseos a su antojo. Se ponía el dorso de la mano en la frente como si estuviera a punto de desmayarse o afectada por una repentina migraña, y luego le entraba una convulsión que era un movimiento parcial autónomo, como dice Zizek en *Guía del cine para perversos*, y entonces nos reíamos de verla moviendo sólo las caderas, sólo los hombros, como en un eterno mambo o merecumbé, o esa danza del vientre centroamericana e

indecente que estuvo de moda una vez con el lema «sopa de caracol, é». Ella sabía fingir, fingía las convulsiones, se dejaba caer en el entablado, pero caía siempre amortiguándose las caderas sobre un costado, y así, de ladito, sin abrir mucho las piernas para que no se le viera nada desde la tarima, dejaba ver una porción blanca de sus muslos de leche y unas medias que se iban enrollando en sus tobillos de dromedario, rodeados por una esclava de plata novecientos donde estaba grabado su nombre y el mío y la palabra amor al final de la ecuación. A veces, Mariana se equivocaba en el diálogo, porque todo en la obra rimaba, gra-cejo con pellejo, angelitos con delitos, hipo con destripo. Cada rima que proferían sus labios era un embeleco de macaco, un Hare Krishna, un chachachá de pachá, un deque de jeque, y cosas así, que se me ocurrían cada tarde en que entraba al Teatro Municipal bañado en el sudor pegachento de las dos y media en el Magdalena Medio santandereano, para verla ensayar la obra más representada en los festivales estudiantiles de teatro de la región entre 1997 y 2000. Se llamaba Mariana y me volví loco por ella. Al punto de que tuve que hacer lo contrario a lo que hace Cirilo en la obra: en lugar de abandonarlo todo para ganar su favor, yo me fui del pueblo para perderlo, porque su olor habría sido mi perdición.

En la primera escena, Cirilo y Gervasio conversan. Cirilo comenta a Gervasio que se declara hombre libre porque acaba de renunciar a su trabajo de oficinista, y Gervasio le hace ver que eso en lugar de ser una causa de felicidad resulta un acto de suma irresponsabilidad, porque significa el abandono de una posición privilegiada en una sociedad como la de entonces. A continuación, Gervasio expone las condiciones en que

viven las diversas capas sociales que forman la fuerza de trabajo en Colombia hace doscientos años. Peor que ser oficinista, es decir: un empleado de ciudad, o burgués; es ser campesino, es decir: trabajar a la intemperie, con la ropa sucia, en lugares inhóspitos; pero peor que ser oficinista es vivir en la azarosa dinámica de los comerciantes, cautivos de un local y de las subidas y caídas del valor de las cosas según la ley de oferta y demanda, según la temporada y la moda. Parece que ya para entonces, peor que la vida de oficinista, era la vida de pordiosero, y que ya para entonces había un estado medio, una estrategia perfecta para servirse de las demás castas y sin embargo no figurar en ninguna, ser estudiante eterno, o acomodarse a otras formas de vida parasitaria, salvaguardada por los valores supremos que la sociedad admite con un contrato social para lo cual hay un camino: ser pretendiente de una dama de abolengo. La mejor forma de tener propiedades, afecto, sin mover un dedo, es heredar bienes ajenos. No se necesita ni siquiera amor. Sólo fingir de pretendiente, fingir ser un buen partido, pretexto que le otorga, para la época, la toga de estudiante en Medicina a Cirilo. Nuestro embustero sabe fingir, como su amada. Ahora finge estar interesado en los favores y amores de Crispina. Ella ya es su amante. La hija única del estanciero, o hacendado Gualberto, a quien pretenden burlar para estar más cerca uno del otro.

Más allá de las rimas y la floritura de los vocablos, el trasfondo del diálogo en *Las convulsiones* es la parodia de los valores en juego de una sociedad feudal, precapitalista, que a pesar de estar viviendo en los primeros años de la aventura terrorífica poscolonial, donde aún no existe la clase empresarial ni la industrial y

la economía se basa en las relaciones piramidales de dos fuerzas básicas: trabajadores, artesanos y terratenientes, detrás, está dibujado el país que era Colombia, Gran Colombia, en ese diálogo. El país y los prejuicios y contradicciones de origen que ya anunciaba el aplastamiento de una clase sobre la otra. Para montarla de tribuno, me aventuro a decir que el país que tenemos hoy es derivado de esa visión de nación, de ese abismo y desprecio entre clases, cuya visión ha nutrido las ideas de progreso y desarrollo y redención social que tenemos aun actualmente.

La puesta en escena de nuestra obra en ese pueblo era muy rudimentaria. Yo era el asistente de dirección de la compañía improvisada de teatreros del colegio. La titular de la cátedra nos había abandonado a la deriva, así que le dimos golpe de estado y seguimos ensayando y adaptando obras sin tutor. Para crear el clima de la adaptación a nuestro medio, usamos un ejercicio que aprendimos del único taller de dramaturgia que había ido a dictar una tarde la escritora Carolina Vivas Ferreira. Consistía en extraer del propio texto un glosario de sustantivos. Los sustantivos eran los nombres de las personas, objetos y cosas a los que se aludía en el texto. Al tener la lista, podría extraerse, por deducción semántica, cuáles eran los objetos que más se repetían en las escenas y, por ende, los que más nos convenían. Usarlos podría ayudarnos a crear la puesta en escena de nuestra obra. La lista original ya no la tengo, pero a simple vista es hoy para mí un banquete exquisito: peineta, veneno, pañolón, chal, contradanza, Cupido, balcón, fray Benito, Bonifacio, Cucufato, reliquia, faltriquera, chaqueta, camión, Judas, demonios, jarabe, aguabalsamo, fraile, esperma (vela), menjurje. Para adaptarla del lejano mundo de tierra fría, con sus ruanas y sombreros bombines y

chales, y adaptarlo a nuestra época y a nuestro ambiente de sol sin sombras en tierra caliente, usamos en vez de botines, alpargates de fique, en vez de chal, camiseta, en vez de faldas rígidas de contradanza, faldas de guabineras que eran simples de intervenir con crochet materno y cintas de seda de colorinches y un ambiente de penumbra para entibiar el sol de afuera. La oscuridad siempre sirve cuando no tienes plata para escenografías fastuosas. Además poner una gran escenografía sin una gran actuación es un delito teatral. Para los actores, el mismo pantalón de colegio, que era el más elegante que teníamos, y corbata sobre mangas de camisa desabotonada. Una bata de médico que usábamos para el laboratorio de Química, la puse yo. Hicimos también un altar de pequeños dioses domésticos, donde estaban las estatuillas devocionales de las mamás de todos los que formábamos el grupo de teatro, y un cupido de icopor que adornaba la peinadora con vidrio y maquillaje de la actriz caprichosa que interpretaba a Crispina. Conseguimos una escalera de tijera que revestimos para falsificar un balcón, una silla de ruedas moderna que la criada llevaba a todas partes para recibir a su dama cuando caía en las convulsiones, una inmensa cruz de flores secas en lo más alto del escenario, rodeamos de velas de cebo de colores el recinto y, para distinguir la calle republicana de Santa Fé con la distinguida mansión de Gualberto, usamos un telón —de papel— con un cruce de calles de nuestro propio pueblo, y una poltrona mecedora de madera que nos pareció el mueble más aristocrático que había en cinco manzanas a la redonda. Ensayamos dos meses, bajo el cielo raso que crujía por las bocanadas de dragón de ese julio y agosto de viejas lágrimas enamoradas, y presentamos la obra sólo en dos ocasiones en el teatro de la casa

cural y en el escenario del colegio. Eso fue todo lo que duró la temporada. Y eso duró el romance con Mariana.

La obra, ahora que la releo en este agosto de vientos bogotanos que silban en mi ventana, conserva una gracia intacta. A pesar de que el país, Colombia, Bogotá, ya no tiene mucho en común con el alma provinciana que las escenas retratan —ni el pensamiento mágico de las comunidades feudales, ni la devoción por las instituciones religiosas, ni la vida relajada de los oficinistas—, todavía la posesión de la tierra es un factor determinante en el estándares del triunfo social, el matrimonio morganático sigue siendo otra forma de conservar sin dispersión las fortunas familiares —y mantener a raya a quienes pretendan escalar de su clase social— y la histeria colectiva sigue siendo una forma de manipular a los padres en la costa norte del país. *Las convulsiones* se mantiene viva por el hecho de ser breve y rimada, por el hecho de que se editó sucesivamente a lo largo de dos siglos, por el hecho de que es la obra más representada en los festivales de teatro no profesional. Tal vez en el fondo —es hipótesis—, por el hecho de que el resultado caótico de nuestra realidad nacional se vea reflejado mejor en una farsa que en una obra naturalista: mejor en «En la diestra de Dios Padre» de Carrasquilla, que en *Historias para quitar el miedo* de Gustavo Andrade, mejor en *La orgía* de Buenaventura, que en *El Monte Calvo* de Jairo Aníbal Niño, mejor en ¡Ay! *Días Chiqui* de Freidel, que en *Gallina y el otro* de Vivas, mejor en *Los diplomas* de Caicedo-Matacandelas, que en *Guadalupe años sin cuenta* de Alape-La Candelaria, y es que el humor adelgaza el cianuro que contiene cualquier pastel (país) emponzoñado. Aunque uno de los aspectos que tiene en contra el humor es

que pierde el sentido en poco tiempo. Un chiste político pierde el sentido cuando ya nadie se acuerde del contexto.

Luis Vargas Tejada, junto con Andrés Caicedo, Tomás Vargas Osorio y su tocayo de nombre y apellido, el columnista Luis Tejada, tal vez sean las auténticas «jóvenes promesas» frustradas de la literatura nacional de todos los tiempos. Leo en Wikipedia que trabajó como secretario de Francisco de Paula Santander y otros opositores políticos a la dictadura que instauró Simón Bolívar para evitar la desmembración de Gran Colombia, pero tuvo que huir a los llanos tras la llamada «nefanda noche septembrina»: en su huida por el oriente, se ahogó mientras atravesaba un río, a los veintisiete años de edad. *Las convulsiones* se representó, con éxito —¿qué significaría tener éxito teatral en Santa Fé hace doscientos años?—, en julio de 1928. Una época de tensión máxima en la historia de Colombia. Tras la convención en la iglesia de Ocaña, Francisco de Paula Santander y los federalistas se distanciaron de Bolívar y el movimiento gran nacional. Bolívar fue proclamado dictador el 13 de junio por uno de sus generales. El 28 de agosto derogó la Constitución vigente firmada en Cúcuta. En septiembre del mismo año le hacen el atentado en su habitación del actual Palacio de San Carlos, y los perpetradores son Santander y compañía. Dudo por eso que Bolívar haya asistido a ver la obra escrita por un amigo fiel de un contradictor —a quien acusaba de agitador y de abordar en los caminos a los diputados para ponerlos en contra suya—. En verdadero prólogo que hizo a esta misma obra don Carlos José Reyes, advierte que Luis Vargas Tejada trabajó para *Las convulsiones* sobre un argumento previo ya trabajado en *La mandrágora* de Maquiavelo y *El acero de Madrid* de

Lope de Vega. Esto daría pie a una larga digresión sobre la relativa y reciente valoración del plagio como concepto negativo, frente a la variación del tema como motor de la creación dramática en Grecia o en Shakespeare, pero en otro tipo de presentación. Lo que importa, en últimas, y explica la vigencia de *Las convulsiones*, es la variación acertada sobre un argumento o modelo previo. Pese a que los modelos foráneos y peninsulares estén presentes, es en esta obra donde se inaugura la literatura nacional. Una obra que utiliza vocablos propios y personajes arquetípicos de la vida local, y un lenguaje que se nutre del habla popular y los giros colombianos. No deja de ser curioso que en una obra que data de hace dos siglos ya hay constancia de uso del verbo «mamar» en esa acepción simbólica que sigue usándose hoy: «unas fincas de plata me ha prestado y el dinero se ha mamado».

El argumento, resuelto en diez escenas, es simple: Gervasio, primo de Crispina, planea con Cirilo hacerle pasar por estudiante de Medicina adelantado para tratar las convulsiones fingidas de la hija, y así abrirla las puertas de acceso al cortejo. Mientras tanto, el padre de Crispina, Gualberto, busca con ayuda del ama Fulgencia mitigar la enfermedad con emplastos y pócimas y exorcismo, ya que la medicina tradicional de la época se ha convertido en una gotera para las finanzas domésticas, y no ha arrojado resultados y la hija empeora en su sobreactuación. Si se niega a comprarle un vestido, convulsiona, si le niega el permiso para asistir a un baile, convulsiona. Si la obliga a trabajar en las labores femeninas de una rica heredera de la época, bordar, tejer, convulsiona. Gervasio interrumpe la aplicación del bebedizo y convence a su tío

de permitir la asistencia de su amigo, experto en Medicina. La escena del encuentro entre Crispina y Cirilo es un pareo tragicómico donde ambos fingen la consulta médica delante del padre, al mismo tiempo que se declaran fórmulas cursis de amor entre los dos. Descubierta la farsa por el viejo Gualberto, la enfermedad de la hija será curada a azotes, y el embuste de Cirilo, desenmascarado en flagrancia, por una de las víctimas de sus astucias, será corregido a mandobles de bastón —la moda del bastón patriarcal ya por entonces—.

El rol de la mujer hace dos siglos, las palabras que denominaban cosas que ya no están —aunque para la época muchas debieron ser ya lenguaje florido—, la organización de las fuerzas de trabajo, las contradicciones y suspicacias entre clases, son aspectos que obras como esta nos siguen suministrando para dibujar el devenir de este desastre de nación.

Todavía la recuerdo. Recuerdo el pueblo que respiraba por la piel el aire caliente en la salida de los ensayos. Recuerdo ir tomado de la mano de la diva por esas calles cuyas curvas se humedecían a baldados de agua para aplacar el tierrero alzado por los camiones. Recuerdo sus labios pintados con brotes de clavel. Recuerdo el color de hígado de las puertas del barrio Chapinero. Recuerdo el olor a cacao secándose al sol que se confundía con el que despedía su cuello. Recuerdo sus ojos de vidrio verde. Recuerdo que fingía. También en la vida real. No se llamaba Mariana. Convulsionaba.

DANIEL FERREIRA

▪ SAINETE

▪ INTERLOCUTORES

Don Gualberto, *hacendado, padre de Crispina.*

Gervasio, *sobrino de don Gualberto.*

Cirilo, *su amigo, amante de Crispina.*

Mariquita, *criada de Crispina.*

Crispina, *hija de don Gualberto.*

Mamá Fulgencia, *vieja ama de casa.*

La escena se representa en una de las calles de Bogotá, y en la casa de don Gualberto.

▪ ESCENA PRIMERA

(Cirilo y Gervasio)

CIRILO

Al cabo se ha cumplido mi deseo:
ya me tienes, amigo, sin empleo,
se admitió mi renuncia esta mañana
y puedo hacer lo que me dé la gana.

GERVASIO

Eres un destapado calavera:
¿a qué fin abandonas tu carrera?

CIRILO

Por no estarme parado eternamente.
¿Podrá acaso sufrir el más paciente
una vida tan triste y tan mezquina
como es la de un empleado de oficina?
Eso de trabajar desde las nueve,
mojarse sin remedio cuando llueve,

escribir cada día cuatro pliegos,
aguantar pestes, y escuchar reniegos,
estarse sin fumar mortales horas,
no poder visitar a las señoras,
cuando toca el domingo algún correo
no salir ni a visita ni a paseo,
y para hacer la cosa más completa
quedarse por la noche sin retreta.
¿Qué pollino pudiera sufrir tanto
aunque tuviese vocación de santo?

GERVASIO

¿Esto llamas trabajo insoportable,
Cirilo? Di, ¿qué hicieras miserable,
si fueras, por ejemplo, campesino?
Cada día reñir con el vecino,
levantarse a las tres de la mañana,
sufrir agua, sereno y resolana,
vivir entre el estiércol y basura,
lidiar con el diezmero y con el cura,
y temblar cuando asoman a lo lejos
de un cuello colorado los reflejos.
Aquella sí que es vida trabajosa.

CIRILO

No puedo persuadirme de tal cosa,
porque, al cabo, quien rema en una estancia
lleva siempre segura la ganancia:
y el empleado se expone cada día

a contraer una buena pulmonía;
para que al fin le diga el tesorero:
tenga paciencia amigo, no hay dinero.

GERVASIO

Si a esto vamos, en todas profesiones
hay pérdidas y clavos a millones:
volviendo al campesino, ¿su cosecha
cuántas veces la logra y la aprovecha?
El diezmo, la alcabala y la primicia,
tantas fiestas que hace la codicia
del que en la devoción tiene sus gajes,
los subsidios, empréstitos, peajes,
pordioseros, ratones y gorgojo
no le dejan gozar sino el rastrojo.
Si son los comerciantes: ¡cuánta pena
en subir y bajar el Magdalena!

Soportar los mosquitos y los bogas:
aquí el caimán le pesca, allá se ahoga,
más allá las tercianas le cogieron,
los bogas le dejaron y se fueron,
el piloto le insulta y le saquea,
un alcalde le veja y estropea;
y cuando llega de la mar al puerto,
ya está desesperado y medio muerto.
No es muy grande el descanso en Cartagena,
asarse de calor, pisar arena,
habitar en un zarzo como gato,

beber agua con suela de zapato,
soportar los agentes de la aduana;
pero no me alcanzará la semana
si quisiera ponerte por delante
cuánto padece un pobre comerciante.
Y al fin y al fallo la ganancia toda
depende del capricho o de la moda.
¡Pobre de aquel que tenga sus haberes
o su dicha a merced de las mujeres!
Lo que ahora encargan, lo desprecian luego
y tiene el mercader que echarlo al fuego.
¿En pañolón los chales transformaron?
Más de cuatro en la calle se quedaron.
¿No quisieron mantillas estampadas?
Pues héteme dos casas arruinadas.
Y si a este tenor todo se examina
darás la preferencia a la oficina.

CIRILO

A pocos les suceden tantos males.
Mercaderes conozco por sartales
que no han visto otro río que el de Fucha,
ni hacen más que ponerse su cachucha,
encender su tabaco y hacer terció
a un corrillo en la calle del comercio:
a las diez o algo más abren la tienda,
esperan con descanso que se venda,
y dan al que jamás han conocido
por favor lo más caro y más podrido.

Si llegan señoritas, al desgaire
saltan del mostrador, no sin donaire,
les hacen cumplimientos en falsete
alzando con tres dedos el copete,
después una risita y un meneo,
y luego una chuscada y un floreo;
pero si son de las que llevan fiado
el mercader es sordo rematado,
o ha perdido la vista, o con urgencia
se ocupa en despachar correspondencia.
Por la tarde a lucir los aguilillos:
y con tal vida llenan los bolsillos.

GERVASIO

Pero al cabo tornando a lo primero,
¿piensas tú dedicarte a pordiosero?
Pues, pobre, para nada y sin destino,
¿qué pretendes hacer? No lo adivino.

CIRILO

¡Quita allá! ¿Pordioseros? ¿En este mundo
se ve nunca en miseria un vagabundo?
Al que gana el sustento con trabajo
se le tiene por ente vil y bajo;
pero el que no hace nada es atendido,
como hombre de importancia y distinguido;
el mercader le fia sin reparo,
el menestral le sirve menos caro,
a banquetes y bailes lo convidan,

lo regalan, lo adulan y lo cuidan;
y es porque nadie sabe de qué vive,
ni le computa el sueldo que recibe,
y al ver que gasta lujo y se divierte
todos juzgan que tiene cofre fuerte;
no importa si en su casa o la contigua,
que este punto muy poco se averigua.

GERVASIO

Dices bien; quien más triunfa, y se engalana
es el que nada tiene y nada gana,
de suerte que mejores oficinas
son la fonda, el billar y las esquinas:
pero hablando de veras, no me agrada
que tú vengas a entrar en la colada;
pues sabes que te quiero y que te estimo;
y no me disgustará ser tu primo.
Crispina, acá entre nos, por ti se muere;
su padre es por demás lo que la quiere,
y aunque no te conoce, me persuado
que no te mirará con desagrado;
pero sabes que es un hombre muy machucho:
vivir en Bogotá le enfada mucho,
y si a habitar aquí se determina
es por las convulsiones de Crispina;
detesta los mozuelos presumidos,
no le gustan visitas, ni cumplidos;
y a fe que no querrá tener por yerno,
sino a un hombre de fondo, y de gobierno:

ahora bien, Cirilo, si te metes
a imitar a los necios mozalbetes
que se juzgan bastante acomodados
por estar bien vestidos y prensados;
si dejas tu destino y tu trabajo
por andar calle arriba, calle abajo,
mirando como bobo los balcones,
Crispina perderá sus convulsiones;
y será un estupendo desvarío
que aspire a las gracias de mi tío.

CIRILO

¿Qué me importa ese viejo Cazcarriento?
Con que la hija me quiera estoy contento.

GERVASIO

Yo no, porque si hasta ahora mis favores
y mi auxilio he prestado a tus amores,
valiéndome para esto de la inmensa
confianza que mi tío me dispensa,
ha sido porque siempre descansaba
en tu intención honesta, y aspiraba
a verte al fin casado con Crispina.

CIRILO

¿Pero quién otra cosa se imagina?
¿Te he indicado, Gervasio, por ventura,
que mi intención se ha hecho menos pura?
No señor, matrimonio sólo quiero.

GERVASIO

Bueno está; matrimonio sin dinero.
¿Con qué renta pretendes poner casa?
Un hombre solo por ahí lo pasa,
pero ya con mujer, ¿quién te daría
para el gasto preciso cada día?
Para mandar los viernes al mercado,
para pagar las criadas y el criado,
para clavos romanos, colgadura,
tocadores, cajitas de costura,
briseros, canapés, sillas inglesas,
muñecos de primor para las mesas,
pianos, lámparas griegas, y bufetes,
láminas, cornucopias y tapetes,
prescindiendo de trajes, pañolones,
peineticas, peinetas, peinetones,
flores, aguas de olor, brinchas, zarcillos,
peluca, prendedores y cintillos;
y en fin cuanta costosa bagatela
contiene el arancel de Venezuela.

CIRILO

¿Has tomado resuello?

GERVASIO

¡Buena broma!
El pobre que se casa no lo toma;
y como de vergüenza tenga un poco
al año no cabal se vuelve loco.

CIRILO

¡Qué necio!, en otro tiempo eso sería:
no van así las cosas en el día;
hoy se casa la gente muy barata,
lo que menos se piensa es en la plata,
haya o no subsistencia poco importa,
no hay temor que la renta venga corta:
pues para lo que dura el casamiento,
no es menester ser rico ni opulento.
Al principio se presta, luego fiado,
luego se estafa: al año mal contado
ya él la aborrece y ella lo detesta,
se separan y acábase la fiesta.

GERVASIO

Si en eso hubiera de parar la tuya,
más vale que desde ahora se concluya.
Y supuesto que así me desengañas,
no quiero tomar parte en las patrañas
con que has urdido médico fingirte
y en casa de mi tío introducirte.

CIRILO

Pues sin ti nada hacemos, mi querido:
ya tu ayuda me habías prometido,
y después de haber hecho nuestras cuentas,
no es justo que por bromas te arrepientas,
ni tomes las chuscadas que te digo
por serias opiniones de tu amigo.

Si siempre se pensara como se habla,
¿cómo anduvieran todos?, a la diabla.

GERVASIO

¿Pero al fin te has quedado sin destino?

CIRILO

Pues eso no me importa ni un comino:
un joven como yo creer no puedo
que deja de ganar por cada dedo.
Por fortuna no soy un ignorante,
entiendo de francés lo que es bastante
para leer un romance en ocho meses,
sé decir *ori ru* con los ingleses,
tocar algunos vales en la flauta,
escribir muy derecho aunque con pauta:
y si hubiera tardado ese maldito
plan de estudios ya fuera doctorcito,
pues estudié Cachifo en el Rosario,
y aunque por ser un poco perdulario
no he pisado las aulas desde entonces,
no son los catedráticos de bronce,
y mis certificados ya tenía
de Derecho Civil y Teología;
pero no necesito estas ventajas,
mientras existan dados y barajas;
sabiendo que la pinta y brujuleo
me dejan más que el consabido empleo.

GERVASIO

También pueden dejarte sin camisa,
y lo que es peor, sin crédito.

CIRILO

¡Me avisa!
¿Acaso en este tiempo por desdoro
tiene el ser tahúr? Aunque el decoro
no haya jamás entrado en los garitos,
aunque en ellos se engendran los delitos:
y si los pisa el hombre más sin mancha
su honor y probidad deja en la cancha.
no se hace caso en frioleras tales,
y tanto como tienes, tanto vales.

GERVASIO

Basta ya de chuscadas: si prometes
evitar corrompidos mozalbetes
y buscar al momento un acomodo,
te ofrezco en tu favor hacerlo todo:
pues sabes el deseo que me anima
de mirarte casado con mi prima.

CIRILO

Sí, prometo.

GERVASIO

Pues voy donde mi tío.
En tu grande despejo yo confío:

▪ Luis Vargas Tejada ▪

no me hagas quedar mal; modos muy graves,
palabras estrambóticas, ya sabes,
son propias de un doctor en medicina.

CIRILO

No hay cuidado.

GERVASIO

Si curas a Crispina,
tendrás por nuestras raras invenciones
patente de doctor en convulsiones.

(vase)

▪ ESCENA SEGUNDA

CIRILO

Miren cómo las traga el mentecato.
¡Yo casarme! No soy tan insensato.
La muchacha no deja de gustarme,
mas no tanto que quiera esclavizarme;
y si me meto en estos enredillos
es por contarlos luego en los corrillos.
Así la vanidad se infla y se entona,
la tertulia se alegra y se sazona.
Uno dice una chanza, otro un gracejo;
y quedan las mujeres sin pellejo.
Crispina cree que ciego la idolatro,
cuando estoy cortejando a más de cuatro.
Si la una se me escapa, la otra pillo,
y siempre hay qué contar en el corrillo.
Se figuran las pobres damiselas
que es cierto cuanto leen en las novelas;
y el primer petimetre almidonado
que les dice un requiebro almibarado,

▪ Luis Vargas Tejada ▪

ese es, sin que le falte requisito,
el amante que pinta su librito.
Entréganse a delirios e ilusiones,
que le suelen parar en convulsiones:
ellas todo lo creen a pie juntillas
y el mundo se divierte a sus costillas.
Pero no lo conocen y están prontas
a ser nuestras mujeres; ¡pobres tontas!

(vase)

▪ ESCENA TERCERA

(Sala en casa de don Gualberto)

GUALBERTO

¡Qué trabajo es ser padre de familia!
Apenas falta mi mujer Cecilia,
que Dios tenga en su gloria, cuando empiezo
a verme sumergido hasta el pescuezo
en un mar de trabajos y amarguras;
pero suaves me fueran las más duras
sin estas convulsiones infernales,
que gastan la paciencia y los reales,
que llevan mi caudal al estricote
y son de las familias el azote.
Viajes, facultativos y botica
arruinan una casa la más rica;
pero esto todavía no era nada.
Dejar uno su hacienda abandonada,
y venir a vivir en el bullicio,
¡esto sí que no es poco sacrificio!

▪ Luis Vargas Tejada ▪

Visitas, cumplimientos y petardos,
pasarse todo el día en picos pardos,
gastar dinero en dulce y chocolate
para obsequiar a tanto zaragate
que no tiene qué hacer, y por fineza,
quitan el tiempo y quiebran la cabeza.
Sólo las convulsiones de Crispina
me pudieran meter en tal bolina.

▪ ESCENA CUARTA

(Don Gualberto y Gervasio)

GERVASIO

Tenga usted buenos días, tío Gualberto.

GUALBERTO

Buenos días, sobrino.

GERVASIO

¿Será cierto que mi prima Crispina se mejora?,
pues me lo acaba de decir ahora la abuelita Fulgencia.

GUALBERTO

No lo creas.
Las tales convulsiones van más feas
cada día. Si vieras qué figuras,
qué gestos, qué visajes, qué posturas,
unas veces sin tiento ni decoro,
a los hombres embiste como toro;

otras, no me creerás lo que te digo,
toca con las narices el ombligo,
luego se tuerce, luego se acurruca,
pone los calcañales en la nuca,
da volantines, vueltas de carnero
con más agilidad que un maromero,
y hasta ha llegado a dar en la simpleza
de alzarse el camisón a la cabeza.
¡Pobrecita Crispina!, algunos días
le da la convulsión en las encías
y masca cuanta fruta encuentra al paso,
sin poder escupir ni aun el bagazo;
otras veces le viene como un fuego,
y sólo en el balcón tiene sosiego,
por lo fresco del aire que le baña:
el coser y bordar tanto le daña,
que si toca la aguja o las tijeras
le da la convulsión en las caderas.
Si vienen hombres mozos de visita
de los ojos ni un punto se le quita
la convulsión; pero si son mujeres,
parece que le meten alfileres;
pues a todas descuera como loca,
y son las convulsiones de la boca.
La he pillado escribiendo papelitos
de amores, yo detesto esos malditos;
mas, ¿cómo remediar tales enredos
si son las convulsiones de los dedos?

GERVASIO

Tío, usted no se aflija demasiado,
pues este último mal se ha propagado
tanto, que no se encuentra señorita
algo joven, sea fea, o sea bonita,
a quien luego que sabe hacer renglones
no le den en los dedos convulsiones.

GUALBERTO

Mal de muchos, de tontos es consuelo.
Yo que por mi Crispina me desvelo,
¿qué me suplo con que a otras zarandangas
les dé la convulsión hasta en las mangas?

GERVASIO

¿No alcanza de los médicos la ciencia?

GUALBERTO

Nada, ni las promesas de Fulgencia.

GERVASIO

Sin embargo, pudiéramos valernos
alguna vez de médicos modernos.
Usted sólo ha ocurrido a los machuchos,
que por más experiencia están más duchos
en matar gentes, y no se les da nada
de echar al otro mundo una redada.
Fuera bueno mudar de cabecera;
y yo con mis empeños consiguiera,

que venga a hacer siquiera una visita
el doctor Juan Mascullo a mi primita.
Es joven de un talento muy profundo,
y en curar convulsiones, sin segundo.

GUALBERTO

No, Gervasio, no quieras que me meta
con esos niños que, al soltar la teta
quieren ser ya científicos doctores,
y poner la cartilla a sus mayores
con poco miramiento y mucho orgullo.
De esos tales será tu Juan Mascullo.

GERVASIO

No le haga usted tan maldito agravio,
aunque en extremo joven es un sabio,
que desde que salió de los pañales
ha estudiado las ciencias naturales,
está siempre observando los planetas
para arreglar por ellos sus recetas,
y tiene las paredes de su cuarto
vestidas de pellejos de lagarto;
y pasa toda entera una mañana
describiendo las barbas de una rana.
Botánico excelente no se diga.
Pues conoce los cardos y la ortiga,
sabe cómo se llama el borrachero,
y lo han visto cayendo un aguacero
meterse hasta el pescuezo en un vallado,

por buscar el hiperbum perforado.
Si sale por la tarde a la alameda,
ni chicoria ni malva se le queda,
y nunca deja de mascar los berros,
aunque estén orinados de los perros.
No tiene igual en química y farmacia;
preparando las drogas con tal gracia,
que compone un febrífugo emoliente
de arsénico no más y oro pimiente.
En fisiología y patología sabe
mucho más que Galeno y que Boherave.
Y le es tan familiar la anatomía,
que estuve a visitarlo el otro día,
y lo encontré comiendo todo junto
con su almuerzo las tripas de un difunto.
Lleva siempre atestados los bolsillos
de ojos, manos, narices y tobillos:
sin que falten jamás en su cocina
un cadáver o dos, hechos cecina.

GUALBERTO

Que venga, si es verdad cuanto me dices,
pues con sus ojos, tripas y narices,
Crispina por lo menos le tendrá asco,
y no nos expondremos a algún chasco:
que suelen doctorcitos relamidos
cambiarse de Esculapios en Cupidos.

GERVASIO

No dude usted ponerla entre las manos
de hombre que con prodigios sobrehumanos
ha hecho andar (arrastrando) a muchos cojos,
sabe igualar a un tuerto los dos ojos;
y hay sordo a quien con sólo una receta
el oído le abrió (de la escopeta).
Mas tiene, sobre todo, mil aciertos
en quitar convulsiones (a los muertos),
voy a llamarlo, y sé que de Crispina
el mal ha de curar su medicina...

▪ ESCENA QUINTA

(Gualberto, Crispina y Mariquita)

GUALBERTO

Hija: ¿Qué tal te sientes? Ya tu primo fue a buscar otro médico.

CRISPINA

Lo estimo.
Pero acuérdesse usted que hacerme debo para el próximo baile un traje nuevo.

GUALBERTO

¿Pues no tienes muchísimos guardados que están los más apenas estrenados?

CRISPINA

¿Ir con un mismo traje a dos funciones?
Mariquita, me dan las convulsiones.

GUALBERTO

Hija... Por Dios... Haremos el vestido.

CRISPINA

Estoy mejor.

GUALBERTO

¿Y cuánto le han pedido?

CRISPINA

Ciento y cincuenta pesos, nada menos.

GUALBERTO

¿Para una sola vez? Estamos buenos:
así pronto acabamos con la hacienda,
¿no los hay más baratos en la tienda?

CRISPINA

¿Para bailes un traje de visita?
Tenme que me repiten, Mariquita.

(se sacude)

GUALBERTO

(le da una llave)

Hija de mi alma..., toma, en el armario
hallarás el dinero necesario.

CRISPINA

¡Ay!, me pasa. ¡Qué vértigos tan feos!
(cuando alguno se opone a mis deseos).

GUALBERTO

¡Pero estando tan mala!, ¿será bueno
que te espongas al frío y al sereno?
¿Y si te da en el baile el accidente?
No ir a él me parece más prudente.

CRISPINA

¿No ir al baile? ¿Quedarme aquí metida
como si fuera monja? Esto no es vida.
¿Y estarme sin dormir hasta la aurora
oyendo el tu-tu-tum de la tambora?
Quítame, Mariquita, la peineta,
que me quiere volver la pataleta.

(se sacude)

MARIQUITA

(a don Gualberto)

¡No la esponga, señor, a un mal tan grave
por temor infundado! ¿Pues no sabe
que no dan convulsiones ni por chanza,
mientras se baila vals y contradanza?

GUALBERTO

Soy un tonto. Crispina, haz lo que quieras:
con tal que no te den las morideras.

CRISPINA

Ya estoy mejor. Cuando algo me contrista
me pasan lagartijas por la vista;
y es tan grande el horror de estas visiones,
que al momento me dan las convulsiones.

GUALBERTO

Te daré gusto en todo cuanto exijas:
así se acabarán las lagartijas.

▪ ESCENA SEXTA

(Los mismos y mamá Fulgencia)

FULGENCIA

Alabado sea Dios.

GUALBERTO

Mamá Fulgencia.
¿De dónde viene?

FULGENCIA

Haciendo diligencia.
He estado por la casa de Fray Pedro,
que dizque tiene un San Ramón de cedro
muy milagroso, y quiero que esta niña
le haga promesa y su cordón se ciña.

CRISPINA

¿La casa de Fray Pedro? Este sí es cuento.
¿No vive cada fraile en su convento?

FULGENCIA

Eso era en otro tiempo: pero ahora
la santa disciplina se mejora;
pues algunos devotos religiosos,
por el bien de las almas muy celosos,
tienen su casa aparte donde viven,
y allí con suma caridad reciben
muchachas que del mundo se retiran,
y a vida penitente sólo aspiran.
Viven en santa paz como angelitos,
evitando del mundo los delitos,
y entre ayunos, cilicios y cordeles
el número se aumenta de los fieles.

GUALBERTO

Ya lo creo, tan santos ejercicios
son sin duda el azote de los vicios.

FULGENCIA

Sí, señor, esos pícaros masones,
cargados con razón de excomuniones,
critican sin cesar todo lo bueno;
pero por más que escupan su veneno,
por más que diga el mundo corrompido,
la virtud de los claustros ha salido...

CRISPINA

Tan bien, que no ha quedado en ellos nada.

FULGENCIA

¿Qué es lo que dice, niña atolondrada?
Ya habrá leído usted libros modernos,
de esos que echan la gente a los infiernos.
Cuidado, don Gualberto, que San Pablo
llama a libros en pasta artes del diablo.
Me contó Fray Raimundo el otro día
de uno de esos que llaman geografía,
quién sabe cuál será el significado,
Dios me perdone haberlo pronunciado,

(se hace cruces en la boca)

que una niña en el seno le llevaba,
y de golpe sintió que la quemaba:
metió el dedo, y envuelto como una hebra
sacó al diablo en figura de culebra.

CRISPINA

(sacudiéndose)

¡Ay, qué horror! ¡Mariquita!

GUALBERTO

¡Qué imprudencia!
¿No nos oye decir, mamá Fulgencia,
que en nombrando culebras o ratones
al momento le dan las convulsiones?

FULGENCIA

No me acordaba, hijita, ponte buena.

(acércase a Crispina que le tira un mordisco)

FULGENCIA

(apartándose y santiguándose)

¡Convulsión de morder!

CRISPINA

¿Qué es lo que suena?

GUALBERTO

(mirando para el balcón)

Unos mozos que pasan a caballo.

CRISPINA

(sosegándose)

Ven, Mariquita, mejorada me hallo;
sólo me queda un poco de fogaje
y en el balcón se quita.

(sale aprisa con Mariquita y al salir vuelve la cara y dice:)

Padre, el traje.

▪ ESCENA SÉPTIMA

(Gualberto y Fulgencia)

FULGENCIA

¡Válgame Dios! Son pocas ya mis dudas
de que en esto no tenga parte el Judas.
En tiempo de los santos catecúmenos
sabemos que hubo muchos energúmenos;
y son las convulsiones el retrato
que de ellos hace el padre Cantimprato:
a más de que pensar en camiones,
querer ir a los bailes y funciones,
pasar en el balcón mortales días,
con propensión a hablar hasta herejías,
son cosas que presentan testimonio
de una mujer poseída del demonio.

GUALBERTO

Abuelita, por Dios, no me lo diga,
que me da desconsuelo en la barriga.

Si un diablo sólo aturde mi cabeza,
¿cómo podré con dos en una pieza?

FULGENCIA

Ojalá fuera chanza o menos cierto
lo que acabo de hablar, señor Gualberto,
y ojalá que viviera aún su madre,
la difunta Gáspara, mi comadre,
que pudiera contarle algunas cosas
de ciertas energúmenas famosas
que vivieron en tiempo de su abuela,
de pensarlo la sangre se me hiela;
pero aquellas mujeres eran tales,
que sabían las artes infernales,
y bajo unas lindísimas figuras
ocultaban mil mañas y diabluras.
Ponían a los hombres embelecos,
y los bolsillos les dejaban secos;
otras veces, por medios inauditos,
al hospital echaban señoritos;
a un mercader muy rico visitaban,
y al momento en la calle lo dejaban;
un oidor agasajo les hacía
y al punto la justicia se torcía;
le daban a un canónigo merienda
y humos se le volvía la prebenda;
y a este tenor setenta golpes de arte
en que el diablo tenía mucha parte.
¿Y diremos que no hay endemoniadas?

GUALBERTO

Esas cosas son algo delicadas.
Mas si por tales señas nos seguimos,
en tiempo de energúmenas vivimos.

FULGENCIA

¡Quiera Dios que Crispina no lo sea,
pero temo que el diablo la posea!,
y para cerciorarme de este caso
de agua bendita me bebí un vaso;
y esta mañana le encendí una vela
a la alma de la madre Anamanuela.
Así el diablo no puede hacerme daño,
y hoy voy a buscar el desengaño.

GUALBERTO

¿De qué modo?

FULGENCIA

Reliquias muy benditas
me han dado por favor las Carmelitas;
y me aconseja el Padre Fray Enrique,
que por dentro y por fuera las aplique;
mas si Crispina repugnancia muestra,
es señal que anda el Malo en la palestra;
ya vienen; atendamos al efecto,
que así lo enseña Desiderio Electo.

▪ ESCENA OCTAVA

(Gualberto, Fulgencia, Crispina, Mariquita)

CRISPINA

(a Mariquita)

¡Qué lindo mozo el del caballo overo!,
lástima que pasara tan ligero.

MARIQUITA

A mí me gustó más el del castaño.
Pobrecito, por poco cae al caño
por hacernos tan grande cortesía.

FULGENCIA

(a Crispina)

Venga acá, Crispina, niña mía,
ya sabe que cual madre la he querido,
y que jamás de su salud me olvido.

Si sanar quiere de este mal terrible,
no se atenga sólo a lo visible,
aquí traigo remedios celestiales,
que de la alma y del cuerpo quitan males,
unas reliquias son acreditadas
por sus muchos milagros, y estimadas
por tener indulgencia. Con fe viva
es menester que todas las reciba
y con gran devoción.

(saca un talego y va mostrando)

Esta es una uña
de aquel siervo de Dios Fray Diego Orduña,
que murió con olores...

CRISPINA

De cochambre.

FULGENCIA

De santidad, y un ceñidor de alambre,
que al tiempo de ponerle la mortaja,
dicen que le encontraron en la caja,
no sé si la del cuerpo o la de tabla,
que de este punto el cronista no habla;
este es un pedacito del moquero
del padre Cucufato Ballestero,
que poco ha terminado su santa vida,
muriendo con la cara carcomida;

estos son excrementos de un perrito
que tuvo el venerable Fray Benito;
y un escarpín del padre Fray Ignacio,
insigne imitador de Bonifacio.
Todas estas reliquias usted, hija,
a cocer las pondrá en una vasija,
en que se haya lavado un sacerdote,
no importa si las manos o el cogote,
los pies, o las narices o la cara,
que Dios en pequeñeces no repara,
con tal que la misma agua se conserve;
de esta infusión un vaso usted se suerbe,
y verá cómo al punto se mejora.

CRISPINA

Sus reliquias a ansias me incitan;
agua, que me vomito, Mariquita.

FULGENCIA

(con don Gualberto)

Observe usted, el diablo se resiente
al ver de las reliquias el presente.

(a Crispina)

Tome, mi hijita, bese con confianza
de que la devoción todo lo alcanza.

(trata de darle a besar las reliquias; Crispina finge convulsiones y dando golpes a la vieja hace saltar a lo lejos las reliquias)

FULGENCIA

¡Santo Dios! ¡Las reliquias por el suelo!
¡Ay, que puede llover fuego del cielo!
Aquí es necesario un exorcismo,
porque éstas son hechuras del abismo.
No falta en esta casa un diablo horrendo.

CRISPINA

Desde que usted entró lo estamos viendo.

FULGENCIA

Si usted no lo tuviera en las entrañas
nunca hubiera adquirido tales mañas.

CRISPINA

Bruja no fuera usted si no trajera
un diablo o dos en cada faltriquera.

FULGENCIA

¡Bruja yo!, por tal insulto,
su señor padre le sacuda el bulto.

CRISPINA

Si por usted me tocan un cabello,
le echo todo mi diablo en un resuello,

y con las convulsiones de los brazos,
verá si sabe el diablo dar porrazos.

(acércase la una a la otra en ademán de batirse, don Gualberto las separa y dice:)

Paz, paz, Fulgencia, no lo tome a mengua,
que son las convulsiones de la lengua.

FULGENCIA

La cólera excesiva me ha dado hipo.

CRISPINA

Si la vieja se acerca la destripo.

▪ ESCENA NONA

(Los mismos y Gervasio)

GERVASIO

(a don Gualberto)

Señor, he conseguido por fortuna,
que el doctor Juan Mascullo venga a la una.

GUALBERTO

(sacando su reloj)

La una si no me engaño poco tarda,
pero el doctor tal vez esquela aguarda.

GERVASIO

¡Esquela!, ¿para qué?

GUALBERTO

Como ahora nada
veo hacer sin esquela bien dorada;

y si a alguno le sacan una muela,
al momento da parte por esuela,
creí que también fuera indispensable
en el caso presente. Un miserable
vi a la cárcel llevar el otro día,
porque sus muchas deudas no cubría,
pues no tiene sombrero ni chaqueta,
y a un rato encuentro una boleta
muy bien impresa, en que con lindos modos,
su nueva habitación ofrece a todos.

GERVASIO

Esa fue una política extremada,
pues la tal casa a nadie está cerrada.

(mira hacia afuera)

Ya parece que entró el doctor Mascullo.

FULGENCIA

(vase por el lado opuesto)

Y yo por esta puerta me escabullo,
que a nosotras, mujeres de experiencia,
los médicos nos tienen malquerencia;
y están a la verdad muy bien pagados,
pues no podemos verlos ni pintados.
No creen en maleficio, ni mal de ojo,
miran nuestros remedios con enojo;

▪ Las convulsiones ▪

pero, al cabo, nosotras más podemos.
Si entran a recetar, nos escondemos,
y así que salen con sus pasos graves,
a la calle arrojamos sus jarabes.

(sale por una puerta, y por la opuesta entra Cirilo)

▪ ESCENA DÉCIMA

(Don Gualberto, Crispina, Cirilo, Gervasio. Mariquita, Gualberto y Cirilo se hacen grandes cortesías)

GUALBERTO

Señor doctor.

CIRILO

Bésele a usted la mano.

GUALBERTO

Sírvase usted sentarse.

CIRILO

Muy temprano
he venido tal vez. ¿La señorita enferma?

GUALBERTO

Aquí la tiene.

CIRILO

(Hace una cortesía a Crispina que le corresponde y dice:)

CRISPINA

Mariquita,
pon asiento al doctor aquí a mi lado.

*(siéntase Cirilo junto a Crispina y del otro lado don Gualberto y Gervasio.
Mariquita queda en pie)*

GUALBERTO

(aparte a Gervasio)

El médico es un poco almidonado.

CIRILO

(a Crispina)

¿Cuál es la enfermedad que usted padece?

CRISPINA

Convulsiones terribles.

CIRILO

¿Y adolece
de falta de apetito o pierde el sueño?

CRISPINA

(Sí, pensando en usted, querido dueño).
No, señor, estoy bien, como con gana.

(recio)

Y duermo hasta las diez de la mañana.

CIRILO

Pues yo le haré un remedio calculado
que todo esto le quite de contado.

CRISPINA

Gracias, señor doctor.

CIRILO

A ver el pulso.

(le toma el pulso)

Un poco sintomático y convulso.

(don Gualberto se vuelve a hablar con Gervasio)

CIRILO

(sin soltarle el pulso a Crispina)

¿Soy yo, bella Crispina, aquel dichoso
mortal que a usted la priva del reposo?

CRISPINA

Cirilo, si usted sabe de pasiones,
mi amor calcule por mis convulsiones.

CIRILO

¡Ah!, tanto no merezco: usted no advierte,
que me ha sido algo impróspera la suerte,
siendo usted acreedora a una fortuna
más alta que los cuernos de la luna.

CRISPINA

Unida con usted nada me arredra,
contenta viviré bajo una piedra.

CIRILO

(como para sí)

Así comienzan todas, ¡quién se fia!
¿Conque esta vuestra mano será mía?

(le besa la mano, don Gualberto lo nota, se para y dice a Cirilo:)

GUALBERTO

Usted se mete en lo que no le toca.
El pulso no se tienta con la boca.

CIRILO

Perdone usted, está muy engañado.
La física moderna lo ha enseñado,

¿e ignora que el labífico contacto
es un diagnosticante muy exacto?

GUALBERTO

No me gusta que mucho diagnostique;
despache pronto y la receta aplique.

CIRILO

Examinar los síntomas es fuerza,
para que el curativo no se tuerza.

(se sienta don Gualberto y sigue hablando con Gervasio, y Cirilo con Crispina)

CIRILO

(a Crispina)

¿Recibió usted, mi bien, aquellos versos
en que pinté los trámites diversos
de mi pasión? (los hizo Pablo Ríos;
mas ya que me los dio pasen por míos).

CRISPINA

Su poesía el alma me arrebató,
¡qué bien los fuegos del amor retrata!
Guardada la conservo en el ridículo.

(don Gualberto observa)

CIRILO

(con seriedad)

Esa es la ínfima parte del ventrículo.

MARIQUITA

(a Cirilo)

¿Qué será que los versos de un amante,
caen en el ridículo al instante?

CRISPINA

Calla, necia, o me dan las convulsiones,
y te hago ser discreta a pescozones.

GUALBERTO

Pescozones, ¿qué es eso?

CRISPINA

Le decía
que con la convulsión el otro día,
le di de pescozones a un bufete.

GUALBERTO

(a Cirilo)

Cierto es, señor, a todo le arremete.

CIRILO

(aparte a Crispina)

¿Oyó usted, bella dama, anoche el trino de mi amorosa flauta? (Era Paulino, pero yo iba detrás, y es poca cosa).

CRISPINA

Me encantó su armonía deliciosa.
¡Cirilo!, usted en todo es estupendo.
Roba el corazón.

GUALBERTO

¿Qué estáis diciendo?

CIRILO

Cuando mal en el pecho se padece,
a cada paso el corazón se ofrece.

GUALBERTO

Mucho más si hay quien piense en aceptarlo.

CIRILO

Quise decir se ofrece mencionarlo.

GUALBERTO

Ahora le entiendo, mas no sea que a mi hija sea mal de corazón el que le aflija.

CIRILO

Eso y las convulsiones todo es uno.

GUALBERTO

No quisiera pasar por importuno;
pero señor doctor, hable conmigo,
que de las convulsiones soy testigo,
y puedo responder a sus cuestiones.

CIRILO

Bien poco sabe usted de convulsiones,
pero soy dócil, y como es su padre,
puede darme respuesta que me cuadre.
¿La señorita gusta de regalos?

GUALBERTO

¿Y esto a qué viene? ¿Gusta usted de palos?

CIRILO

Señor, quise decir que si le agrada
la comida gustosa y delicada.

GUALBERTO

Ahora entiendo, señor; en golosina
pocas harán ventaja a mi Crispina.

CIRILO

¿La señorita es fácil?

GUALBERTO

¡Qué atrevido!
¡Cómo se explica!

CIRILO

Usted no me ha entendido.
Lo que quise decir es que si tiene
fácil la digestión como conviene.

GUALBERTO

Ahora entiendo, digiere toda fruta
con perfección.

CIRILO

¿La señorita espota?

GUALBERTO

(se levanta irritado)

¡Cómo! Señor insolente, me da gana
de hacer salir a usted por la ventana.
¿No sabe con quién habla el malcriado?

CIRILO

¿Acaso un adefesio he preguntado?,
explicarme señor tal vez no supe.
Lo que quiero decir es que si escupe.

GUALBERTO

Ahora entiendo, si no habla usted más puro castellano, pues se expone a algún apuro.

CIRILO

Me entendía mejor la señorita
y usted me hace perder esta visita.

GUALBERTO

Pregúntele usted pues cuanto le ocurra;
(como la ponga buena aunque me aburra).

(sigue hablando con Gervasio y Cirilo con Crispina)

CRISPINA

Sus equivocaciones no me gustan.

CIRILO

¿Tales frioleras su recato asustan?
Señorita, entre damas a la moda
por equívocos nadie se incomoda;
mientras más libres son, más se celebran,
y todos en equívocos requiebran.
Las niñas del equívoco hacen gala
aunque llena de gente esté la sala;
pues no conocen ya el rubor sencillo
sino aquel que le presta el papelillo.
Ahora es conversación propia de estrados,
la que antes era sólo de soldados.

La ilustración estas ventajas trae,
con ella lo decrépito decae.
Y así es que ese decrépito decoro
se relega a las monjas y su coro.
El gran mundo otros aires nos enseña,
y de estas gazmoñadas se desdeña.
Si usted despercudirse no procura
hará en la sociedad mala figura.
Belleza con rubor se tiene en poco,
el mérito consiste en el descoco.
Si no olvida esas máximas añejas
que se deben quedar para las viejas,
pasará por estólida beata.

CRISPINA

Dice usted bien, soy una mentecata;
trataré de enmendarme en adelante
para agradar a un joven tan galante.

CIRILO

¿Agradarme? Crispina, usted me encanta,
¡qué mortal ha logrado dicha tanta!
¿Ha visto usted las cartas o la historia
de Abelardo?

CRISPINA

Las tengo en la memoria.

CIRILO

¡Memoria juvenil bien cultivada!,
digo que allí se encuentra retratada
mi pasión, y aunque no con tanto brío,
en este billetito el pecho mío
sus mortíferas ansias ha explicado.

(le da un papel y Crispina lo guarda. Don Gualberto lo observa)

GUALBERTO

Doctor Mascullo, ¿qué papel le ha dado?

CIRILO

Señor, es la receta.

GUALBERTO

¡Cosa rara!
¿No haber visto a la enfermera ni la cara
y traer la receta prevenida?

CIRILO

En física moderna es bien sabida cosa...

GUALBERTO

¿Quiere apostar, señor moderno,
que se va con su física al infierno?

(a Crispina)

Dadme el papel.

(Crispina con convulsiones)

CRISPINA

La vista se me quita.
¡Convulsiones! Sostenme, Mariquita.

CIRILO

(afanado)

Señor, la convulsión es ascendente,
puede quedarse muerta de repente.
Jarabe diacodión, pronto, pronto.
Melisa, Carmen, agua de leodonto
con gotas de apobálsamo y asbesto,
un frasco de colonia, presto, presto,
oxígeno que el aire purifica,
vaya usted, don Gervasio, a la botica.

(todos corren a una parte y otra, y Crispina con las convulsiones se abraza a Cirilo)

GERVASIO

Ya voy, señor, no encuentro mi capote.

GUALBERTO

(coge un garrote)

Si le da convulsión a mi garrote
he de curar al médico y la enferma.

CIRILO

(a don Gualberto)

Pronto haga usted que enciendan una esperma,
aceite, una cuchara, un papel sucio,
por ahí tendrá el monólogo de Lucio.
Un poco de alcanfor para un unguento.

(a Crispina)

Dame el papel lo pongo en salvamento.

(le da Crispina el papel, y don Gualberto que lo ve se lo quita a Cirilo con presteza)

GUALBERTO

Ya lo pesqué, señor, largue la polla:
que comienza a faltarme ya la cholla.

(amenaza a Cirilo con el garrote y lo hace desasirse de Crispina)

Aquí tengo el papel para el menjurje.

CIRILO

(afanado)

Señor, me voy, que una visita me urge.

GERVASIO

(aparte)

Me voy a la botica más famosa
por jarabe de pies en polvorosa.

(vase)

▪ ESCENA UNDÉCIMA

(Los precedentes, menos Gervasio)

GUALBERTO

(a Cirilo)

No, señor, quiero ver cómo receta,
por si acaso me da una pataleta.

(lee)

«Mi Crispina, mi amor, mi bien, mi todo».

(a Cirilo)

¿Las recetas empiezan de este modo?,
¿cuánto va a que le aplico en las costillas
un emplasto de bálsamo de astillas?

CIRILO

(con tono vehemente y patético)

Mire usted su pobre hija medio muerta.

GUALBERTO

Veremos si el garrote la despierta.

(Crispina se sacude con fuertes ademanes)

MARIQUITA

¡Ay, Señor!, esto quiebra corazones.

GUALBERTO

A mí también me dan las convulsiones.

(comienza a sacudirse y a dar palos)

▪ ESCENA DUODÉCIMA

(Los precedentes y mamá Fulgencia)

FULGENCIA

¡Qué alboroto! ¡Qué bulla! Jesús credo,
don Gualberto por Dios, estese quedo.

(sosiéganse todos y Fulgencia se acerca a Cirilo)

¿Qué hace aquí don Cirilo? Ahora lo agarro.

(lo prende de la corbata)

¿Dónde están mis cubiertos y mi jarro?

GUALBERTO

¿Qué dice usted, Fulgencia?

FULGENCIA

Que este mozo
ha de ir precisamente a un calabozo:

yo en mi casa su ropa componía,
y, lejos de pagarme, el otro día,
unas fincas de plata me ha prestado,
las vendió y el dinero se ha mamado.

GUALBERTO

Es un bribón el médico Mascullo.

FULGENCIA

¿Médico?, *ja, ja, ja*, ¡qué zaramullo!
Si se llama Cirilo Garancina,
y es su empleo escribiente de oficina.
Téngalo mientras llamo a algún alcalde.

▪ ESCENA ÚLTIMA

(Gualberto, Crispina, Mariquita y Cirilo)

GUALBERTO

Entre tanto, no quiero estar de balde.

(dales a Crispina y a Cirilo)

Tome usted, doctorcito, una mostaza.
Toma tus convulsiones bribonaza.

CRISPINA

(arrodillándose)

Padrecito, le pido mil perdones.

GUALBERTO

Bueno, ya sé curar las convulsiones.

CRISPINA

Señor, este bribón me parecía
sujeto distinguido y lo quería.

GUALBERTO

¡Ah!, necia. ¿Qué pensabas? ¿Que esos monos
de mucho dengue y estudiados tonos,
por estar peripuestos y lambidos
son acaso sujetos distinguidos?
¿Crees que quien sólo piensa en su figura,
sea capaz de mérito y cultura?,
¿crees que un pisaverde melindroso
pueda ser instruido ni virtuoso?,
¡pobres mujeres!, de exterior se pagan,
y las sólidas prendas nunca indagan.
Cualquier miramelindo las seduce,
y piensan que oro es cuanto reluce;
la ilusión desvanece el casamiento,
pero ya es tarde el arrepentimiento.
Usted, doña Crispina, en adelante
no me ha de estar ociosa ni un instante;
y así se evitarán las ocasiones
de mal de corazón y convulsiones.
El dedal y la aguja las contrastan;
mas, ¡vive Dios!, que si tampoco bastan
para librar mi casa de este azote,
le darán convulsiones al garrote.

FIN



**Biblioteca
Básica DE
Cultura
Colombiana**

Este libro no se terminó de imprimir en 2015. Se publicó en tres formatos electrónicos (PDF, ePub y HTML5), y hace parte del interés del Ministerio de Cultura y la Biblioteca Nacional de Colombia —como coordinadora de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, RNBP— por incorporar materiales digitales al Plan Nacional de Lectura y Escritura «Leer es mi cuento».

Para su composición digital se utilizó tipografía de la familia Baskerville (John Baskerville 1706–1775).

Principalmente, se distribuyen copias en todas las bibliotecas adscritas a la RNBP con el fin de fortalecer los esfuerzos de promoción de la lectura en las regiones, al igual que el uso y la apropiación de las nuevas tecnologías a través de contenidos de alta calidad.



MINCULTURA



Biblioteca
Nacional
de Colombia



**TODOS POR UN
NUEVO PAÍS**
PAZ · EQUIDAD · EDUCACIÓN